

REFLEXIONES PASTORALES DE LA C. E. U.

La Caridad y la Unidad en la Iglesia

Hermanos del Pueblo de Dios:

Los Obispos uruguayos hemos reflexionado repetidas veces sobre las responsabilidades que nos urgen como Pastores de la Iglesia en el Uruguay.

Sin ánimo de obtener un análisis completo, hemos estudiado con amor y comprensión, los problemas, las tensiones, las deficiencias y también las promisoras actividades pastorales de nuestra Comunidad eclesial.

Sentimos la obligación de compartir con todos vosotros -sacerdotes, religiosos y laicos de la Iglesia- nuestras reflexiones y nuestros anhelos respecto a la vida interna de la Iglesia, esperando que este documento pastoral contribuya a fortalecer la unidad exigida por el Señor, en la comunión de la misma Fe, Esperanza y Caridad, y sirva también para recordar a todos la misión de la Iglesia en esta hora difícil que nos toca vivir.

Como Pastores del pueblo de Dios, debemos impulsar con entusiasmo la renovación querida por el Concilio Vaticano II y por la II Asamblea del Episcopado latinoamericano en Medellín: creemos que nuestra Iglesia en Uruguay está claramente en ese camino y diversos documentos emanados por el episcopado lo apoyan decididamente. Es menester tener en cuenta nuestras declaraciones anteriores: no podemos decir siempre todas las cosas en cada documento. Pero es ciertamente nuestro deber, grave e ineludible, orientar la adecuada renovación, ayudando a corregir las desviaciones que puedan darse en cualquier sentido: por resistencia al cambio o por afán irreflexivo de novedades. Al llamar la atención sobre lo negativo no queremos desconocer el inmenso bien que aporta a nuestra Iglesia la vivencia auténtica del Concilio y su preocupación por la promoción integral del hombre; rogamus tener muy en cuenta la evaluación que, sobre la acción pastoral de nuestras diócesis, acabamos de hacer en unión con nuestros presbíteros. Confiamos en que también para esta misión no fácil que ahora nos proponemos, contaremos con la comprensión y el apoyo de nuestros sacerdotes, partícipes en nuestra solicitud pastoral.

CRISIS EN EL PAIS Y EN LA IGLESIA

1.- La tremenda crisis que sacude el mundo, afecta también a la Iglesia universal, pues "la Iglesia avanza juntamente con toda la humanidad y experimenta la suerte de este mundo" (G. S. 40).

Nuestra Iglesia en el Uruguay vive también ese momento crítico con las características propias que plantea la coyuntura que atraviesa América Latina y más concretamente la situación grave que vive nuestro país. Por eso, los católicos participamos en esa situación concreta de este momento histórico y compartimos las angustias y ansiedades, las esperanzas y debilidades de todos los hombres que integran la comunidad nacional.

Y no puede ser de otra manera, porque la Iglesia peregrina debe pasar por todos los cambios, angustias y problemas del mundo para el que ha sido enviada. Si así no fuera, dejaría de ser "solidaria" con el hombre en situación concreta.

Pero es indudable que esta angustia e inseguridad incide en la vida religiosa, que se siente perturbada por los cambios profundos y acelerados.

2.- Por otra parte, el gigantesco esfuerzo de renovación -de "aggiornamento"- promovido por el Concilio Vaticano II y que se va realizando actualmente en la Iglesia, "no ha dado, por ahora, en muchos sectores, la tranquilidad que todos deseamos; sino por el contrario, ha suscitado turbaciones y problemas, ciertamente no sin importancia para el incremento del Reino de Dios en la Iglesia y en cada alma" (Pablo VI, 15 julio/70).

- 3.- Tampoco los documentos han sido siempre interpretados en su esencial contexto evangélico, en su verdadero contenido teológico y en su absoluta fidelidad al Concilio Vaticano II, tanto por los que los consideran una incursión indebida de la Iglesia en el campo socio-político, como por los que los convierten únicamente en documentos socio-políticos.
Siendo así, no puede extrañar que surjan opiniones y actitudes contradictorias en el seno de la Iglesia.
- 4.- Algunos estiman que la renovación de la Iglesia es lenta y superficial; otros, en cambio, creen que es demasiado acelerada y perturba valores con que expresaban su fe y su vida cristiana. Algunos confunden la costumbre con la tradición y seguros en su inmovilismo, acusan despiadadamente a sus hermanos; otros se descontrolan, siguiendo ciegamente la sed actual de innovación, y efectúan cambios por su cuenta, tanto en la doctrina como en la disciplina, sin coherencia con la tradición irrenunciable de la Iglesia y al margen de las disposiciones expresas del Magisterio.
Algunos quieren que la Iglesia se comprometa con el mundo, pero identificada con los ideales socio-políticos que ellos sustentan y en la forma que ellos quieren verlos realizados. Otros, en cambio, la quieren ajena y extraña a la problemática social, sin denunciar las realidades sociales que constituyen una afrenta al Evangelio.
- 5.- Como Pastores de todos los católicos sentimos la aflicción que pesa sobre numerosos hermanos del Pueblo de Dios en quienes se refleja tan duramente la crisis del país y de la Iglesia. Compartimos la angustia que provoca la tremenda inseguridad de esta hora del mundo y comprendemos la queja de tantos católicos que hoy se sienten conmovidos y apenados frente a hechos y manifestaciones que comprometen la comunión de la Iglesia y se convierten en foco de tensiones, intolerancias y radicalizaciones.
- 6.- Sabemos que nuestra misión es anunciar el Evangelio, confirmar a nuestros hermanos en la Fe y conducir al Pueblo de Dios hacia su santificación hasta su encuentro definitivo con el Padre. Fieles a nuestro irrenunciable servicio, deseamos comenzar nuestra reflexión por donde comenzó el Concilio, preguntándonos "Iglesia, ¿qué dices de ti misma?"

MISIÓN DE LA IGLESIA

- 1.- No tenemos que inventar la Iglesia. La recibimos de Jesucristo. No podemos, por consiguiente, querer una Iglesia distinta de la que Jesucristo quiere, cuya auténtica descripción la encontramos en la doctrina del Concilio Vaticano II, testigo y expositor de la Fe de todo el Pueblo de Dios.
- 2.- Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una finalidad escatológica de salvación que sólo en el siglo futuro podrá alcanzar plenamente (G.S. 40).
- 3.- Sacramento o señal e instrumento de la unión íntima con Dios, la Iglesia es el lugar de encuentro y comunión de Dios con los hombres, y por lo mismo, es el signo visible en que los hombres, heridos por el pecado, se reconcilian en Cristo con el Padre.
- 4.- Sacramento de unidad del género humano, la Iglesia es el lugar en que la humanidad, dispersa por el egoísmo, es congregada por el Espíritu Santo en el amor y la paz del Pueblo de Dios.
- 5.- Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo, la Iglesia es el Sacramento universal de salvación que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre, revelado en

Cristo, Dios hecho hombre, que con su pasión y muerte y resurrección, realizó la redención de la humanidad e inauguró en la tierra el Reino de Dios.

- 6.- La Iglesia, por consiguiente, tiene la misión de continuar hasta el fin de los tiempos, la presencia, la misión y la obra salvadora y santificante de Jesucristo. Es testigo de Cristo resucitado y vive de su fidelidad al Señor. "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; sin Mí nada podéis hacer" (Juan 15, 5).
- 7.- Continuada de Jesucristo, la Iglesia predica a los hombres el Evangelio, anuncia sin cesar que Él es el Camino, la Verdad y la Vida en quien los hombres deben hallar la plenitud de su existencia, les comunica la vida divina y hace presente a Jesucristo por el testimonio del amor. La Iglesia peregrinante es esencialmente misionera, fue enviada al mundo y vive para esta misión divina, según el mandato del Señor.
- 8.- Es evidente que la misión que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso (G.S. 42) que invade sin embargo todo el hombre: cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, individuo y sociedad, tiempo y eternidad (LG. 3).
- 9.- Por eso, la Iglesia, en virtud de su misión y naturaleza, no está ligada a ningún sistema político, económico o social; y por tal razón, puede constituir un vínculo estrecho entre los hombres.
Ciertamente que parte de la misión de la Iglesia es "la profecía", es decir el interpretar la voz de Dios que nos habla también a través de los acontecimientos no interpretados subjetivamente sino en la Iglesia y bajo la guía del magisterio. En el cumplimiento de esta misión profética la Iglesia señala con claridad, valentía y caridad, todo lo que haya en las realidades temporales que no esté de acuerdo con las exigencias evangélicas. Lo hemos hecho repetidas veces. Además la Iglesia se hace presente en las realidades temporales por el testimonio y la acción de los laicos que deben actuar en ellas guiados por su fe y buscando de transformar el mundo por el fermento evangélico, pero sin que puedan presentar como soluciones de la Iglesia, las opciones que, con recta conciencia, juzgan ser las más aptas para la conveniente ordenación del mundo.
- 10.- Distinta del mundo, la Iglesia se siente sin embargo, insertada en él como fermento y alma, profundamente comprometida en su suerte terrena y responsable de su destino. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.
Por eso, conscientes de que su misión divina es continuar la presencia de Cristo entre los hombres, y fiel a las exigencias del Evangelio, la Iglesia hace suyos los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren.
- 11.- La Iglesia peregrina en este mundo, no es fin de sí misma. Está como Cristo, al servicio de todos los hombres: debe amar a todos los hombres de hoy, como son y donde están, porque todo hombre es portador de la imagen de Dios, es en el Señor, nuestro hermano y está llamado a reflejar la gloria de Cristo.
La Iglesia, en su servicio de amor al mundo sólo pretende una cosa: el advenimiento del Reino de Dios y la salvación de la humanidad.

RENOVACIÓN DE LA IGLESIA

- 1.- La renovación corresponde a una exigencia vital de la Iglesia. Es una necesidad inherente a la misma naturaleza de la Iglesia, en cuanto institución humana y terrena. Esta es la enseñanza

del Concilio: "La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a esta perenne reforma, de la que ella, en cuanto institución terrena y humana, necesita permanentemente" (M.R. 6,1). "La Iglesia encierra en su propio seno a pecadores y, siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la purificación". (LG 8,3).

- 2.- Su propósito y necesidad de renovación no se funda en razones humanas. Sabe la Iglesia que esta renovación es una exigencia de la vocación a la cual fue llamada por Cristo. "Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto" (Mt. V,48). El Espíritu de Cristo -el Espíritu Santo- realiza permanentemente esta profunda renovación en todo el cuerpo de la Iglesia para hacerla semejante a su Cabeza, que es Cristo.
- 3.- Por eso, la renovación de la Iglesia hemos de buscarla en la progresiva configuración con Cristo y no en la acomodación "al mundo presente" (Rom. 12,2), como constantemente nos exhorta el Apóstol: "despojaos del hombre viejo viciado por la corrupción del error; renovaos en vuestro espíritu y vestíos del hombre nuevo" (Ef. 4,22-23); "en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestro Cabeza, Cristo" (Ef. 4,15). Siendo esta renovación imposible sin la obra de Dios por el Espíritu, es evidente la función insustituible que desempeñan en ella la oración y la vida sacramental (especialmente la penitencia y la eucaristía): por eso nos preocupa seriamente el ver que algunos de nuestros hermanos descuidan notablemente estos elementos vitales.
- 4.- Esta exigencia de renovación, por fidelidad a su vocación divina, es condición indispensable para cumplir su misión en el mundo para el que ha sido enviada. El Concilio Vat. II se propuso la renovación de la Iglesia en función de la renovación espiritual del mundo, porque la "razón de ser de la Iglesia es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios" (G.S. 40).
- 5.- Pero esta forma que pretende el Concilio a través de sus documentos, "no es un cambio radical de la vida presente de la Iglesia, o bien una ruptura con la tradición en lo que ésta tiene de esencial y digno de veneración, sino más bien en esa reforma rinde homenaje a esta tradición al querer despojarla de toda caduca y defectuosa manifestación para hacerla genuina y fecunda" (Pablo VI Disc. Conc. 29-IX-1963).
- 6.- En realidad, toda la renovación programada por el Concilio persigue una mayor fidelidad total y constante a lo que en la Iglesia jamás será posible transformar. Una Iglesia en discontinuidad con la tradición, dejaría de ser la Iglesia de Cristo.
- 7.- Es necesario, sin embargo, subrayar que la tradición no es algo inmóvil, incapaz de adaptarse a las exigencias de la renovación. Siempre fiel a sí misma, se purifica, se perfecciona, se enriquece, "La Iglesia no duda a la hora de perfeccionar su patrimonio doctrinal: trata de despojarse de lo caduco y de conservar íntegra la substancia" (Pablo VI).
- 8.- La verdad de Dios en la Iglesia permanece, pero con exigencias; es necesario conocerlas, es necesario estudiarla, es necesario purificarla en sus expresiones humanas. La verdad permanece, pero es fecunda; nadie puede afirmar que la ha comprendido o definido totalmente con fórmulas que en cuanto a su significado ciertamente permanecen intangibles; "la verdad puede presentar aún aspectos que merezcan investigarse; proyecta luz sobre campos diversos que afectan el progreso de nuestra doctrina; la verdad permanece, pero necesita divulgación, traducción y formulación en consonancia con la capacidad de los hombres de edades diversas, de cultura diferentes y de varias civilizaciones" (Pablo VI, 12/8/70).

- 9.- Ciertamente habrá en la Iglesia una explicación progresiva de la verdad y habrá siempre un fatigoso esfuerzo por encontrar un lenguaje inteligible para comunicarla a los hombres de nuestro tiempo, pero jamás una crisis o un cambio de la verdad misma. "Id y enseñad... Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo" (Mt. 28,20).
- 10.- Esta presencia de Cristo entre nosotros y la acción permanente de su Espíritu en la Iglesia, nos da la garantía absoluta de la realidad divina de la Iglesia como portadora de la Verdad eterna de Cristo con la misión de entregarla a todos los hombres.
Esta realidad divina de la Iglesia nos da la seguridad y la confianza de que en esta hora de búsqueda ardua y penosa, el Señor jamás la abandona.
- 11.- En esta búsqueda no siempre se logra evitar las tensiones y enfrentamientos; tampoco se guarda algunas veces la debida fidelidad a los documentos conciliares y a las Conclusiones de Medellín, a pesar de los motivos de justicia, de verdad, de autenticidad y de renovación que se encuentran en las actitudes y protestas de muchos hermanos de nuestra Comunidad. No se puede olvidar cuán fácilmente hoy en nombre de la conciencia se cae en lo arbitrario.
- 12.- Mientras comprobamos con alegría el progreso que, como fruto auténtico del Concilio y de las Conclusiones de Medellín se va realizando en la liturgia, en la catequesis, en los grupos de reflexión y en el compromiso con los problemas del hombre, vemos por otra parte, con verdadera preocupación, que aún continúan las experiencias arbitrarias, contrarias a las normas y al espíritu del Concilio.
- 13.- Es un error creer que el Concilio Vaticano II ha abierto una etapa histórica tan absolutamente nueva que nos autorice a desvirtuar o desconocer la tradición de la Iglesia; pero si constituye el principio de un movimiento de renovación eclesial que, en cuanto tal, debe continuar avanzando hasta abrazar toda la vida de toda la Iglesia. Esto significa que debe ser aceptado no parcial sino integralmente por todos los miembros de la Iglesia, hasta la conversión interior y exterior, hasta la renovación de mentalidad y de conducta. De lo contrario, sería convertir en letra muerta los documentos conciliares.
- 14.- También las Conclusiones de Medellín deben ser aceptadas por lo que realmente son: "un acontecimiento salvífico, un hecho religioso, una realización evangélica". Una profunda renovación de la Iglesia latinoamericana en total fidelidad al Concilio Vaticano II, centrando su preocupación en el hombre imagen de Dios en quien se refleja el rostro de Cristo, y que está llamado a ser el realizador de su vocación humana y divina.
- 15.- Sería desfigurar gravemente los documentos de Medellín si se pensara que identifican la evangelización con la promoción humana, o que asignan a la Iglesia la tarea de promover la liberación social, económica y política, como si ésta fuera su misión primaria y exclusiva.
- 16.- Esta confusión puede llegar a convertir a la Iglesia en una empresa de civilización y promoción humana, reduciendo su mensaje evangélico a un mero ideal social o a un combate por la justicia y la liberación humana. Todo lo cual no significa menospreciar en lo más mínimo la urgencia de los problemas como tantas veces lo hemos recordado.
La Iglesia es esencialmente el Signo de Cristo Señor de la Historia y su misión es una sola: construir el Reino de Dios en el tiempo de los hombres. Salvar integralmente al hombre. Anunciar el Evangelio, comunicar la gracia, conducir a los hombres al reposo definitivo de Dios. Es decir, liberar al hombre del pecado y sus consecuencias y llevarlo a su plena madurez en Cristo.
Debemos evitar el fácil peligro de confundir la misión de la Iglesia como tal, con el compromiso del laico cristiano en la liberación social, económica y política del hombre: éste debe obrar, urgido por su vocación cristiana e iluminado por la fe, pero no puede invocar una

representación oficial de la Iglesia. Esto no debe interpretarse como una actitud de cobardía de la Iglesia frente al compromiso concreto, sino leal reconocimiento de los límites de su competencia y de su capacidad; de lo contrario caeríamos en un nuevo tipo de clericalismo.

NECESIDAD DEL DIALOGO

- 1.- Todos lamentamos las tensiones existentes en el seno de nuestra Comunidad y todos sufrimos por estas deficiencias.
El afán de monopolizar la verdad y su expresión, el celo mal entendido por la integridad de la fe, la confusión lamentable entre la fe cristiana y las opciones socio-políticas de pensamientos y acción, y otros factores ambientales y temperamentales, son las causas principales de la intolerancia existente entre los hermanos.
- 2.- Ante este hecho, una primer exigencia del Evangelio nos pide que verdaderamente pobres, es decir, conscientes de nuestras limitaciones, nos apoyemos en el Señor a fin de que "la paz de Cristo ponga orden como árbitro en nuestros corazones" (Col. 3,15) y no pretender ser los poseedores absolutos de la verdad.
- 3.- Es necesario también recordar que el Señor no nos nombró jueces de nuestros hermanos, sino que, por el Bautismo, nos hizo testigos de su Amor, con el mandato de "revestirnos de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de compresión y paciencia, soportándonos mutuamente y perdonándonos si uno tiene una queja contra otro como el Señor mismo nos perdonó" (Col. 13,12).
- 4.- Todos somos conscientes que para superar las tensiones existentes, el diálogo fraterno se presenta como una exigencia ineludible.
Este diálogo en la Iglesia debe partir siempre de un presupuesto esencial sin el cual la Iglesia se destruiría: la confesión de la única fe; un único Señor Cristo Jesús, centro de nuestra comunidad; una sola Iglesia, Santa Católica y Apostólica; una Caridad -unidad en el amor- principio vital de la comunidad eclesial.
- 5.- Con este presupuesto, el diálogo en la Iglesia es siempre constructivo, disipa los malentendidos, aclara las dudas, sostiene la fe, promueve y favorece la mutua y sincera aceptación, valora y acepta un legítimo pluralismo, y logra que "todos sean de un mismo pensar y un mismo parecer" (1 Cor. 10).
- 6.- Sirva de estímulo para todos el ejemplo aleccionador de la primera comunidad cristiana de la que la Sagrada Escritura afirma: "Los primeros cristianos perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles, y en la unión, en la fracción del pan y en la oración... y todos los que creían vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común... Todos acordes acudían con asiduidad al templo, partían el pan en las casas... alabando a Dios en medio del fervor general del pueblo". (Act. 2, 42. 44. 46. 47).
El Concilio, y todo el Pueblo de Dios han hablado en estos tiempos, con especial énfasis, del amor, como suprema ley del evangelio: sería lamentable que, cuando más hablamos de él, menos lo vivamos entre los mismos cristianos.

LA IGLESIA Y LA VIOLENCIA

- 1.- Hay quienes, ante la situación de injusticia y la resistencia ilegítima a los cambios necesarios y urgentes, ponen su esperanza en la revolución social por medios violentos.

Y esta es la hora en que una ola de violencia atraviesa nuestro país, que sólo genera nuevas violencias, rencores, odios, destrucción y muerte.

- 2.- Ante esta triste realidad, los Obispos tenemos la obligación de afirmar que la violencia no es ni cristiana ni evangélica; y resulta inconcebible que se pretenda justificar la violencia en nombre del cristianismo, que se abuse del Evangelio para justificar lo que el Evangelio expresamente reprueba.
- 3.- "La violencia o revolución armada engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas; no se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor" (Pablo VI, P.P. 31).
- 4.- Ante los lamentables hechos de notoriedad, no podemos menos que deplorar con el Papa Pablo, que se erijan en sistemas de lucha, métodos de terror que la conciencia civil rechaza con toda justicia. No es con nuevas injusticias como se combate aquellas contras las cuales se protesta, como tampoco se restablece el orden, turbando con acciones incluso delictivas, violando los derechos del hombre.
- 5.- Pero con la misma energía con que reprobamos en nombre del Evangelio, la violencia en todas sus manifestaciones, y cualquiera sea su signo, recordamos también que a nadie le es lícito "valerse de la posición pacífica de la Iglesia, para oponerse, pasiva o activamente, a las transformaciones profundas que son necesarias" (Medellín, Paz, 15). Y tenemos derecho a esperar que cuando se mencionen estas declaraciones del Episcopado, no se haga en forma parcial pretendiendo hacer decir a la Iglesia sólo lo que a cada uno le interesa desde su posición particular.
- 6.- "No hay que abusar de la paciencia de un pueblo que soporta durante años una condición que difícilmente aceptarían quienes tienen una mayor conciencia de los derechos humanos" (Med. Paz, 15).
- 7.- Nadie duda que nuestro pueblo desea y quiere la renovación social, pero en libertad y sin violencias.
No ignoramos que en nuestro país hay cauces legales para establecer un orden que contemple mejor los anhelos de justicia. Pero la letra sola no basta.
Es preciso recordar que si no se dan con la debida urgencia cauces reales, concretos y eficaces a los reclamos de una debida promoción de las clases populares, se puede estar fomentando "la tentación de rechazar con la violencia las grandes injurias contra la dignidad humana" (Pablo VI, PP. 30).
- 8.- Así como el cristiano rechaza casi por instinto toda violencia que atenta contra los derechos y la dignidad de la persona humana, así también el cristiano jamás puede olvidar otro tipo de "violencia" exigida por Jesucristo, so pena de convertirse en esclavo de sus propias pasiones. "Quien quisiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo". Desgraciadamente el pecado ha encontrado y encontrará siempre un cómplice en el corazón del hombre, cuando éste "no se hace violencia", es decir, cuando no mortifica su orgullo, su egoísmo, su ambición, su sensualidad, su prepotencia, su odio, su rencor y deseo de venganza; cuando ahoga en su corazón el Reino de Dios y multiplica el pecado en el mundo.
Por la complicidad con el pecado, la misma lucha por la justicia puede llevar al hombre a cometer enormes injusticias, o reducirse a satisfacer un refinado egoísmo, o a defender otros privilegios indebidos.

LA PAZ SOCIAL

- 1.- Nuestro país vive una etapa de su historia, marcada por una profunda crisis en todos los órdenes, fruto, por una parte, de un largo proceso histórico, y por otra, de un fenómeno universal caracterizado por cambios radicales y acelerados que inciden en el modo de pensar y de vivir de nuestra sociedad.
- 2.- La mayor conciencia de los profundos desequilibrios económicos, sociales políticos y morales provoca hoy una creciente impaciencia y peligrosa desorientación. Se radicalizan las actitudes personales y sectoriales, y el diálogo entre los ciudadanos y entre las instituciones se hace muy penoso y a veces imposible.
- 3.- La dura realidad está diciendo que la paz social está gravemente comprometida. En esta hora que vive el país, los Obispos nos sentimos, más que nunca, íntima y realmente solidarios de la comunidad nacional y compartimos sus ansiedades y esperanzas. Para superar esta dolorosa situación no tenemos ni tampoco nos compete ofrecer soluciones técnicas; pero, como servidores de toda la familia uruguaya y para dar una prueba de nuestro respeto y amor a todos los ciudadanos, queremos sentir los problemas, compartir las angustias, iluminar con la luz del Evangelio los caminos que conducen a la paz social y colaborar, en la medida de nuestras posibilidades, para apresurar la hora de la reconciliación nacional.
- 4.- Decíamos que la paz social está seriamente comprometida. Pero, es preciso recordar que esta situación por demás preocupante, no apareció sola, de un día para otro. A todos nos interpela, a todos nos acosa.
No es del caso buscar los culpables, porque, en mayor o menor grado de responsabilidad, todos hemos contribuido a darle forma.
Fueron nuestras acciones y omisiones, individuales y colectivas, que han engendrado esta hora difícil y amarga. Así hemos de reconocerlo.
- 5.- Esta actitud humilde será el principio de nuestra recuperación, porque ayuda a ver con mirada más limpia, la realidad del país, a descubrir nuestros egoísmos, a tomar conciencia de las injusticias y de las estructuras injustas que oprimen, a salir de nosotros mismos para preocuparnos realmente por los demás, por toda la comunidad, especialmente por los que sufren.
- 6.- El porvenir inmediato reclama un esfuerzo, una audacia y un sacrificio como quizá nunca se le ha reclamado al ciudadano de nuestro país. La hora que vivimos puede ser decisiva en nuestra vida constitucional. Nadie tiene derecho a cerrar los oídos al inmenso clamor de la familia uruguaya que anhela vivir en paz. Todos estamos comprometidos a reconstruir la paz social.
- 7.- No están cerrados los caminos ni están agotadas las posibilidades para esta noble empresa. Tiene nuestra comunidad grandes reservas espirituales y morales, y si bien existen factores negativos que oscurecen el camino, también hay otros que alientan fundadas esperanzas. Lo que importa es saber cuál es el camino que conduce a la verdadera paz social, que no se puede confundir con el simple orden externo que se obtiene con la fuerza, sin tener en cuenta las causas que provocan el malestar social.
- 8.- La paz, en el concepto cristiano, se construye creando un orden que "comporte una justicia más perfecta entre los hombres" (Pablo VI, PP. 30) porque la paz es, ante todo, obra de la justicia. Exige por consiguiente, realizar los mayores esfuerzos por eliminar las injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales.

- 9.- Pero también la paz es fruto del amor, alma de la justicia. Puede la justicia preparar y condicionar la paz social, pero no puede crearla. Sólo la fuerza unitiva del amor puede crear la paz. Es la fuerza capaz de transformar nuestra convivencia humana, tan necesitada de superar sus divisiones, en una familia de hermanos. Esta fraternidad aportada por Cristo ha de ser la fuerza que nos una a todos para emprender juntos la patriótica tarea de instaurar un orden humano más justo
- 10.- Un común anhelo exige que cuanto antes todos los uruguayos se reencuentren en un amplio esfuerzo común y concertado, a fin de ayudar a nuestro país a triunfar del egoísmo y las rivalidades, a superar las ambiciones y las injusticias, para abrir a todos, los caminos de una vida más feliz, "en la que cada uno sea amado y ayudado como su prójimo y su hermano" (Juan XXIII).
En un clima de serenidad, de colaboración y de comprensión, de reconciliación y de amor, primará el bien común, no obstante la diversidad de opiniones y quiera Dios que estos sentimientos latentes en nuestro pueblo, sean interpretados generosamente por todos los que ejercen el gobierno de la nación y por todos los ciudadanos que sientan el llamado a la reconciliación y la unión nacional.

EXHORTACIÓN FRATERNA

- 1.- En estos momentos difíciles para la Iglesia, pedimos a todos los miembros del Pueblo de Dios fraterna comprensión y generosa colaboración para construir, día a día, con amor y paciencia, la unidad de la Iglesia. "Si todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu, es para que construyamos un solo Cuerpo" (1 Cor. 12,13) y "profesando la verdad en amor, crezcamos en todo sentido para Él, que es la cabeza, Cristo" (Ef. 4,15).
- 2.- En las actuales tribulaciones, os recordamos la necesidad de mantener la serenidad en medio de las tensiones, porque, pese a todo, la salvación es una realidad, Cristo Resucitado es el centro de la historia y el Espíritu Santo conduce la Iglesia.
"No os inquietéis por cosa alguna; en toda ocasión presentad a Dios vuestras peticiones mediante la oración y la súplica, porque todo lo podemos con el poder sobrehumano de Cristo que nos conforta" (Fil. 4,13).
- 3.- Hoy más que nunca debemos estar unidos al Sucesor de Pedro, cabeza visible y suprema de la Iglesia. El Papa es el signo e instrumento de la unidad de todo el Pueblo de Dios. Él tiene la misión de "confirmar en la fe a todos sus hermanos". Aceptemos con espíritu de fe y sincero afecto el servicio indispensable de su magisterio establecido por Cristo el Señor, y rechacemos todo aquello que puede debilitar nuestra comunión con la Sede Apostólica de Roma.
- 4.- Por encima de todo, vivamos el mandato del Señor: "Amaos los unos a los otros como Yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos" (Juan. 13,34-35). El amor fraterno es la condición indispensable para el diálogo en la Iglesia. Por el amor, las tensiones y discusiones existentes, lejos de separarnos, crearán una unidad nueva y más profunda, más viva y solidaria, más fiel al Señor y a su Espíritu.
- 5.- Queridos hermanos: os entregamos estas reflexiones y orientaciones en la solemnidad de Cristo Rey del Universo, próximo ya a la celebración del Adviento. Es éste un tiempo especialmente propicio para orar y para meditar sobre lo que ha significado la venida de Cristo que será llevado a perfecto cumplimiento el día de su venida gloriosa, al fin de la historia. El adviento nos invita a reencontrarnos con nuestra vocación cristiana; nos estimula a avanzar,

sin desanimarnos por las dificultades del camino, mirando hacia Él que es la meta, por medio de Él que es el camino, guiados por Él que es la verdad.

María Santísima, Madre de Dios y de la Iglesia, por quien Cristo llegó hasta nosotros, y que colaboró en la obra de nuestra salvación por el amor, la fe y la obediencia, nos ayuda a creer en fidelidad al Evangelio.

Con estos sinceros deseos, llenos de gozo y de esperanza, saludamos y bendecimos a todo el pueblo de Dios.

Montevideo, 22 de noviembre de 1970, Solemnidad de Cristo Rey

+ CARLOS PARTELI
Arzobispo Coadjutor de Montevideo
Administrador Apostólico Sede Plena
Presidente de la C.E.U.

+ MARCELO MENDIHARAT
Obispo de Salto

+ HUMBERTO TONNA
Obispo de Florida

+ LUIS BACCINO
Obispo de San José

+ ROBERTO CACERES
Obispo de Melo

+ MIGUEL BALAGUER
Obispo de Tacuarembó

+ EDMUNDO E. QUAGLIA
Obispo de Minas

+ ENRIQUE L. CABRERA
Obispo de Mercedes

+ ORESTES S. NUTI
Obispo de Canelones

+ ANTONIO CORSO
Obispo de Maldonado y Punta del Este

+ ANDRÉS M. RUBIO G.
Obispo Auxiliar de Montevideo
Secretario de la C.E.U.